1997

Año 21
No. 167

Elsa Lever

Jugando a la casita

Tendría menos de un año que Yadira cursó el sexto grado de primaria, cuando dejé de verla. Aun jugaba con muñecas y escondía su cuerpo hermoso bajo el uniforme escolar. Fue buena estudiante, sin embargo, temía por su futuro, ese que tenían todas las niñas y jovencitas de esta zona marginada cerca de Santa Fe.

Recién me tope con ella en el microbús a Jalalpa. Al verme se sonrojó y trató inútilmente de cubrir al bebé que llevaba en brazos. Su rostro aún infantil, sin maquillaje, hizo nacer en mí la duda sobre su edad y llevar a cabo cálculos mentales para determinar: 14 años.

Se sentó a mi lado y platicamos poco, pero sincera y profundamente. Recuerda que al terminar la primaria y manifestar su deseo de seguir estudiando, su madre se molestó y le prohibió hacerlo. En cambio, le ordenó que comenzara a trabajar, lavando y planchando ropa ajena. Sin remedio, ella tocó puertas y quitó la suciedad y arrugas a innumerables piezas de ropa.

Ganaba poco y nada era para ella. Todo lo recibía su madre quien lo gastaba en cervezas y cigarros para su pareja, padrastro de Yadira.

Un día, su vecino, un joven de 17 años, comenzó a cortejarla, y su madre al enterarse se enfureció. Le argumentó que el tipo era un "bueno para nada", que al lado de un mecánico se iba a morir de hambre, que se olvidara de él.

Yadira salió con él, a escondidas de su madre. El joven la invitaba a cenar alguna torta, unos tacos. Manjares para quienes hoy tienen para comer y mañana quién sabe.

El tiempo de tratarse uno al otro permitió que ambos se confiaran, se respetaran, se estimaran. Yadira le confesó una noche que paseaban por la feria de la colonia, que todavía jugaba a la casita con sus muñecas. Pero que en sus juegos, la mamá era inteligente, comprensiva, y trabajaba como secretaria, siempre bien vestida. El papá, sin vicios, trabajador, respetuoso. Le dijo que jugando a la casita se había dado cuanta de lo que quería y de lo que no: repetir la vida de su madre.

Pero el apoyo que encontraba en su único amigo, se le acabó pronto. Una "amiga" la vio con él y sin más, se lo comunicó a la mamá de Yadira. La que se le armó. Dejó de salir más no de trabajar, porque su madre ahora le llevaba la ropa a casa. Así, bajo la mirada rabiosa de su progenitora y la mirada lasciva de su padrastro, ella lavaba y planchaba. Por las noches, cuando su mamá veía la televisión y el "hombre" dormía la borrachera, Yadira jugaba en la oscuridad, a la casita.

Dice luego que desde aquel pleito no platica con su amigo; que lo ha visto de

Archivo *fem*

Archivo *fem*

lejos y de igual forma se saludan. La pregunta obligada gira en mi cabeza: ¿quién es el padre entonces, de ese hijo que carga? Ella, intuyendo la sorpresa causada, baja la mirada y descubre el rostro del bebé. Me invita a verlo, a gozarlo. Tiene la mirada de ella, su dulzura, su dolor.

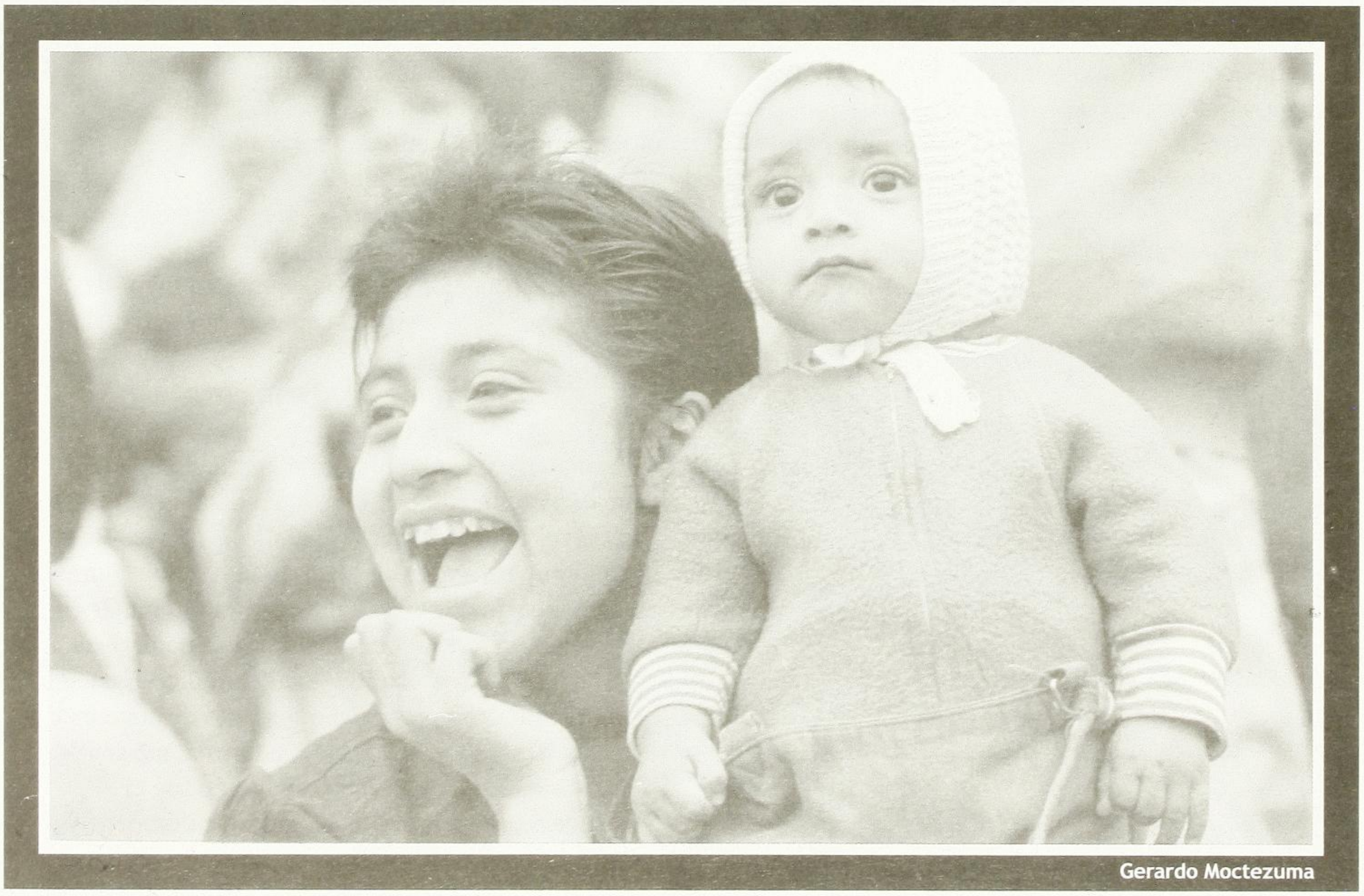
De pronto, se suelta a llorar en silencio. Me inquieto, no sé que hacer. Opto por abrazarla, acariciarle el largo cabello recogido en una trenza hasta que parece sobreponerse. Explica que su vida no ha sido como ella se la había imaginado y ensayado cada noche en sus juegos. Que no es la señora instruida, ni secretaria, ni bien arreglada; que de hecho, tampoco el papá correspondía a lo esbozado, porque ni siquiera estaba a su lado.

Vive sola con su hijo. Una más de las madres solteras que desafortunadamente no han podido escoger. Su mamá la corrió al enterarse de su embarazo de quien creyó responsable al vecino, amigo de otros momentos mejores.

Renta un cuarto de azotea y sigue trabajando en lo que aprendió a hacer muy bien: lavar y planchar ajeno.

Yadira se despidió agradeciéndole a la suerte haberme visto y sonriendo bajó del microbús. Yo, quedé con el corazón hecho añicos. Tenía menos de un año que aún andaba por el patio de la escuela cargando su mochila, sus libros, sus tareas, sus ambiciones de superarse.

Tenía menos de un año que aún jugaba a la casita con su muñecas. Con la diferencia de que la mamá ya no es una muñeca, sino ella misma y, el papá, su propio padrastro.


Gerardo Moctezuma